

Ray BRADBURY

CEMENTERIO
PARA
LUNÁTICOS



El Hollywood de 1950 es transformado en un mundo de maravillas por la magia de Bradbury: caracteres excéntricos, una intriga fantasmagórica y una vívida nostalgia. El excitado narrador acaba de ser contratado como guionista en uno de los grandes estudios. Una invitación anónima lo conduce a un cementerio separado de los estudios por una simple pared y al descubrimiento de un cuerpo congelado en el tiempo y listo para trepar desde la ciudad de los muertos a la ciudad de la luz. Un extraño misterio va desplegándose a través de una serie de raros encuentros: un director con monóculo, un actor que ha interpretado el papel de Jesús durante veinticinco años, productores filisteos, fanáticos cazadores de autógrafos y un genio de los efectos especiales... Mientras el narrador se precipita por una senda de pistas fantásticas, Bradbury evoca vívidamente el fascinante tiempo perdido en que un hombre podía componer su propia existencia con las promesas centelleantes de sus películas favoritas.

Con amor, a los vivos:
SID STEBEL,
que me mostró cómo develar
mi propio misterio;
ALEXANDRA, mi hija,
que ordenó nuestro desorden;
GEORGE BURNS,
que me dijo que era un escritor
a los catorce años.

Y a los muertos:
ROUBEN MAMOULIAN,
GEORGE CUKOR,
JOHN HUSTON,
BILL SKALL,
FRITZ LANG
y JAMES WONG HOWE.

Y a
RAY HARRYHAUSEN,
por razones obvias.

1

Había una vez dos ciudades dentro de una misma ciudad. Una era clara y la otra era sombría. Una era puro movimiento, mientras que en la otra todo era quietud. Una era cálida y la atiboraban luces siempre cambiantes. La otra era fría y piedras la aseguraban al lugar. Y cuando el sol caía por la tarde en Maximus Films, la ciudad de los vivos comenzaba a parecerse al cementerio de enfrente, Green Glades, que era la ciudad de los muertos.

A medida que se apagaban las luces y todo quedaba quieto y se enfriaba el viento que corría entre los edificios del estudio, una increíble melancolía entraba por las puertas de los vivos y recorría las calles sombrías, hasta el alto muro de ladrillos que separaba las dos ciudades dentro de una misma ciudad. De repente, las calles se llenaban de algo que era puro recuerdo. Pues aunque las personas ya no estaban, dejaban detrás estructuras pobladas de fantasmas de sucesos increíbles.

Porque se trataba de la ciudad más insólita del mundo, donde todo podía suceder y donde todo sucedía. En ella habían ocurrido diez mil muertes y, una vez producidas, la gente se levantaba riendo y se alejaba sin prisa. Manzanas enteras de viviendas eran incendiadas y no se quemaban. Sonaban las sirenas y los coches de la policía hacían chirriar los neumáticos al doblar las esquinas a toda velocidad, y luego los agentes se arrancaban el uniforme ajustado, se sacaban con crema el maquillaje naranja del rostro y regresaban caminando a los pequeños bungalows donde vivían, en ese mundo tan grande y en general tan aburrido.

Por aquí deambulaban dinosaurios, a veces miniaturas y a veces monstruos que se alzaban a veinte metros de altura, por encima de vírgenes semidesnudas que gritaban sin desentonar. Desde aquí partieron diversos cruzados que colgaron las armaduras y guardaron las lanzas a pocas calles de distancia, en Disfraces de Occidente. Desde aquí Enrique VIII hizo que rodaran unas cuantas cabezas. Desde aquí Drácula salía a merodear como carne y regresó como polvo. También se hallaba aquí el Vía Crucis, y un reguero de sangre que se llenaba sin pausa mientras los guionistas gemían camino al Calvario con una pila de borradores que apenas podían cargar, perseguidos por directores con azotes y montadores con cuchillas afiladas como navajas. Desde estas torres todos los días al ponerse el sol se llamaba a orar a los píos musulmanes, mientras las limusinas se alejaban con un susurro ocultando poderosos personajes detrás de cada ventanilla y los campesinos desviaban la mirada por miedo a quedarse ciegos.

Puesto que todo esto es cierto, con más razón aún se puede creer que, cuando desaparecía el sol, se levantaban los antiguos moradores y la ciudad cálida se enfriaba y comenzaba a asemejarse a los senderos de mármol que se encontraban al otro lado del muro. A medianoche, en esa paz extraña que crean la temperatura y el viento y la voz de un reloj de alguna iglesia lejana, las dos ciudades se unían por fin en una sola. Y el guardián nocturno era lo único que se movía, yendo de la India a Francia, pasando por las praderas de Kansas, los edificios de piedra marrón de Nueva York, Picadilly y los escalones de la Plaza España, haciendo un increíble recorrido de treinta mil kilómetros en escasos veinte minutos. En el momento mismo en que su colega del otro lado del muro fichaba en los relojes entre los monumentos, marcando la hora de entrada, iluminaba con la linterna a diversos ángeles helados, leía los nombres de las lápidas como si fueran los títulos de una película y se sentaba a beber el té de las doce con lo único que quedaba de

un policía de película muda. A las cuatro de la mañana, con los guardianes dormidos, las dos ciudades, ordenadas y en su lugar, esperaban a que el sol saliera sobre las flores marchitas, las tumbas gastadas y la India de los elefantes lista para la superpoblación, si Dios el Director así lo quería y la Agencia de Actores cumplía con sus deseos.

Y ésa era la situación en la víspera del Día de Todos los Santos del año 1954.

Halloween.

Mi noche favorita en todo el año.

Si no lo hubiera sido, no habría corrido a empezar esta nueva Historia de Dos Ciudades.

¿Cómo iba a resistirme a una invitación tallada con un gélido cincel?

¿Cómo podía no arrodillarme, aspirar hondo y soplar el polvillo que cubría el mármol?

2

El primero en llegar...

Había llegado al estudio a las siete de la mañana de ese día de Halloween.

El último en irse...

Eran casi las diez y hacía la última ronda de la noche, saboreando el hecho simple pero a la vez increíble de que por fin estaba trabajando en un lugar en el que todo estaba perfectamente delimitado. Las cosas empezaban en un momento preciso y terminaban en otro, prolija y definitivamente. Afuera, más allá de los decorados, no me fiaba mucho de la vida, llena de sorpresas terribles y guiones malos. Aquí, caminando entre las calles al amanecer o al atardecer, podía fantasear con que abría el estudio y lo cerraba. Me pertenecía a mí porque yo lo decía.

De modo que recorrí un territorio de unos kilómetros de ancho por casi dos de largo, entre catorce estudios de rodaje y diez decorados de exteriores, víctima de mi propio romance y mi locura apasionada por el cine que controlaba la vida cuando ésta se salía de control del otro lado de las puertas de entrada de hierro forjado estilo español.

Era tarde pero había un montón de películas que debían terminar en la víspera del Día de Todos los Santos para que en distintos decorados se hicieran al mismo tiempo las fiestas y juergas de despedida. Música de las grandes bandas de jazz, risas, el estruendo de los corchos de champán y el canto de la gente salían de tres estudios que tenían los enormes portones corredizos totalmente abiertos. Dentro, las multitudes vestidas con el vestuario de la filmación da-

ban la bienvenida a las multitudes de afuera, disfrazadas con los atavíos de Halloween.

No entré en ninguna de las salas; me contenté con sonreír o reír al pasar. Después de todo, puesto que creía que el estudio era mío, podía quedarme o irme a mi antojo.

Pero al volver hacia las sombras sentí dentro de mí una especie de vibración. Mi amor por el cine había durado ya demasiados años. Era como mantener una relación amorosa con Kong, que me sedujo cuando tenía trece años; nunca pude quitarme de encima ese pellejo latiente.

El estudio me cautivaba del mismo modo todas las mañanas al llegar. Pasaban horas hasta que lograba librarme del hechizo, respirar normalmente y ponerme a trabajar. A la hora del crepúsculo, volvía el encanto; me costaba respirar. Yo sabía que en un futuro no muy lejano iba a tener que salir, escaparme, irme y no volver nunca más o, como a Kong, que caía y daba por tierra una y otra vez, un día me mataría.

Dejé atrás el último decorado, donde el eco de las risas y la percusión sincopada hacían temblar las paredes. Un asistente de cámara pasó a mi lado montado en una bicicleta con una canasta cargada de películas, camino a ser sometidas a la autopsia de la cuchilla del montador, que la salvaría o la enterraría para siempre. Luego, pasaría a los cines, o quedaría desterrada en los estantes adonde van a parar las películas muertas, donde solamente el polvo, y no la herrumbre, las une.

El reloj de una iglesia, en la cima de las colinas de Hollywood, dio las diez. Di la vuelta y regresé sin prisa a mi cubículo en el pabellón de los escritos.

La invitación para convertirme en un perfecto idiota me estaba esperando en la oficina.

No tallada con un cincel en un bloque de mármol, no, sino mecanografiada prolijamente en un fino papel esquelado.

Mientras la leía me desmoroné en la silla, el rostro frío y resistiendo la tentación de apretar el puño, hacer una bola con la nota y arrojarla al cesto.

Decía:

GREEN GLADES PARK. Halloween.

Hoy a medianoche.

El muro del fondo, al medio.

PD: Le espera una gran revelación. Material para una novela que hará furor o un guión fuera de serie. ¡No falte!

No soy un hombre de muchas agallas. Nunca aprendí a conducir. No viajo en avión. Las mujeres me dieron miedo hasta los veinticinco. Odio los lugares elevados: lo único que me inspira el Empire State es terror. Los ascensores me ponen nervioso. Las escaleras mecánicas muerden. Soy caprichoso con la comida. Comí el primer bistec a los veinticuatro años, habiéndome mantenido durante la infancia con hamburguesas, bocadillos de jamón y pickles, huevos y sopa de tomate.

—¡Green Glades Park! —dije en voz alta.

Por Dios, pensé. ¿A medianoche? ¿Yo, que fui atacado por una pandilla de delincuentes en plena adolescencia? ¿El niño que se escondía bajo la axila de su hermano la primera vez que vio *El Fantasma de la Ópera*?

El mismo, sí.

—¡Imbécil! —grité.

Y fui al cementerio.

A medianoche.

3

Camino a la salida me desvié hacia el baño de hombres, cerca de la puerta de entrada, y luego me alejé. Era un sitio que había aprendido a evitar, una gruta subterránea que resonaba con el paso de aguas secretas y hacía un ruido escurridizo como el de un cangrejo que retrocedía de prisa cuando uno tocaba a la puerta y comenzaba a abrirla. Ya hacía tiempo que había aprendido a detenerme, carraspear y abrir la puerta despacio. Ya que entonces en el baño de hombres diversas puertas interiores se cerraban de un golpe o muy silenciosamente o a veces con el ruido de un disparo de rifle, mientras las criaturas que habitaban la gruta todo el día, e incluso a esas altas horas de la noche debido a las fiestas del estudio, huían en retirada y uno entraba al silencio de la fría porcelana y las corrientes subterráneas, hacía lo suyo con la mayor rapidez posible y salía corriendo sin lavarse las manos y, una vez afuera, oía el despertar lento y furtivo del cangrejo, las puertas que se volvían a abrir como en un murmullo y la aparición de las criaturas de la gruta en distintos estados de arrebató y confusión.

Me desvié hacia el otro lado, como dije, grité para ver si el camino estaba libre y me interné en el baño de enfrente, el de mujeres, que era un lugar de cerámicas blancas, frías y limpias y no una gruta oscura con animales huidizos, y salí de nuevo en un santiamén justo a tiempo para ver a un regimiento de guardias prusianos que marchaba hacia la fiesta del Estudio 10, así como al capitán, que rompía filas. Hombre guapo, de cabellos nórdicos y ojos inocentes, el capitán entró ingenuamente a grandes trancos en el baño de hombres.

Nunca volverán a verlo, pensé, y apuré el paso por las calles cerca de la medianoche.

El taxi que cogí, al que no debería haberme dado el lujo de subir, pero ni loco me iba a acercarse al cementerio solo, estacionó frente a la puerta de entrada tres minutos antes de que dieran las doce.

Pasé dos minutos interminables contando todas esas criptas y monumentos en los que Green Glades Park empleaba a unos nueve mil muertos, a tiempo completo.

Hacía cincuenta años que dedicaban a eso sus horas. Desde que los constructores de bienes raíces, Sam Green y Ralph Glade, habían tenido que presentarse a la quiebra y sacaron el cartel con su nombre y plantaron las lápidas.

Intuyendo que sus nombres les traerían mucha suerte, los defraudadores constructores de bungalows pasaron a ser simplemente Green Glades Park, donde se enterraban todos los asuntos dudosos del estudio de enfrente.

Se decía que las personas de la industria del cine involucradas en el negocio turbio de los bienes raíces los habían untado para que los dos caballeros no abrieran la boca. Con la primera sepultura se enterraron muchos cotilleos, rumores, culpas y crímenes licenciosos.

Y así sentado, apretando las rodillas y rechinando los dientes, contemplé el muro del fondo detrás del cual podía contar seis estudios seguros, cálidos y bellos, donde estaban terminando las últimas juergas de los Santos, donde se apagaban las últimas fiestas de despedida, las músicas se acallaban y los buenos regresaban a casa con los malos.

Al ver los faros de los coches que recorrían con sus luces los grandes muros de los estudios e imaginarme todos los hasta luego y las buenas noches, de pronto quise estar con ellos, así fuera uno de los malos, yendo a ninguna parte, porque ninguna parte era mejor que esto.

Adentro, un reloj del cementerio dio las doce.

—¿Y bien? —dijo alguien.

Sentí que mis ojos saltaban del muro del fondo que separaba del estudio lejano y se posaban en la nuca del conductor del taxi.

El hombre me miró desde detrás del enrejado y chasqueó la lengua contra los enormes dientes blancos. Al esfumarse el eco del gran reloj se oyó el chirrido de las puertas movidas por el viento.

—¿Quién —dijo el conductor— va a abrir la puerta?

—¿¡Yo!?! —exclamé horrorizado.

—Eso es —dijo el conductor.

Después de un largo minuto me obligué a encarar las puertas de rejas que, para mi gran sorpresa, estaban sin llave; las abrí de par en par.

Hice entrar al taxi, dando indicaciones como si fuera un viejo conduciendo un caballo muy cansado y muy asustado. El taxi parecía que se ahogaba, lo cual no ayudaba en lo más mínimo, y encima el conductor farfullaba: —Si viene algo corriendo, no se crea que me voy a quedar aquí.

—No, no se crea usted que yo me voy a quedar —dije—. ¡Vamos!

Había un montón de figuras blancas a cada lado del camino de grava. Oí un suspiro fantasmal en algún lado, pero no eran más que mis pulmones que bombeaban como fuelles, tratando de reavivar un fuego en mi pecho.

Me cayeron unas gotas de lluvia en la cabeza. —Dios —susurré—. Y no tengo paraguas.

¿Qué diablos, pensé, estoy haciendo aquí?

En todas las viejas películas de terror que había visto me había reído del tipo que sale tarde por la noche cuando en realidad tendría que haberse quedado en la casa. O de la mujer que sale pestañeando con esos grandes ojos inocentes y calzada con zapatos de tacón alto, como para tropezar al correr. Y, sin embargo, allí estaba yo, todo por una nota ridícula.

—Bueno —dijo el taxista—. ¡Yo de *aquí* no paso!

—¡Cobarde! —exclamé.

—¡Seguro! —dijo—. ¡Esperaré *aquí mismo!*

Me encontraba a medio camino del muro del fondo cuando comenzó a caer una fina capa de lluvia que me lavó el rostro y empapó las maldiciones que tenía en la garganta.

Los faros del taxi iluminaban lo suficiente como para ver una escalera colocada contra el muro posterior del cementerio, que daba al terreno del fondo de Maximus Films.

Desde el pie de la escalera miré hacia arriba, a través de la fría llovizna.

En el extremo superior de la escalera había un hombre que parecía estar tratando de saltar el muro hacia el otro lado.

Pero estaba allí congelado como si un rayo le hubiese sacado una foto y lo hubiese fijado para siempre en una emulsión de un blanco y azul deslumbrantes. Tenía la cabeza extendida hacia adelante como la de un corredor que va a toda velocidad y el cuerpo doblado como para lanzarse hacia el otro lado y aterrizar en Maximus Films.

Y, sin embargo, había quedado congelado en esa posición como una estatua grotesca.

Empecé a llamarlo en voz alta hasta que entendí por qué estaba en silencio, por qué no se movía.

El hombre de la escalera estaba muriéndose o había muerto.

Había venido aquí, perseguido por la oscuridad, trepó a la escalera y se quedó helado al ver... *¿qué cosa? ¿Acaso algo a sus espaldas lo había dejado tieso de miedo? ¿O algo del otro lado, en la oscuridad del estudio, mucho más terrible?*

La lluvia se derramaba sobre las lápidas blancas.

Sacudí la escalera con suavidad.

—¡Dios mío! —grité.

Pues el viejo se desplomó desde la punta de la escalera.

Yo me caí al esquivarlo.

Aterrizó entre las lápidas como un meteoro de plomo de unas diez toneladas. Me levanté y me quedé de pie a su lado, sin poder oír nada por el estruendo de mi pecho y el susurro de la lluvia, que repiqueteaba en las piedras y lo empapaba.

Me quedé allí contemplando la cara del hombre muerto.

Él me devolvió la mirada con ojos taciturnos.

¿Por qué me miras?, preguntó en silencio.

Porque, pensé, ¡te conozco!

Tenía la cara blanca como el papel.

James Charles Arbuthnot, ex director de Maximus Films, pensé.

Sí, murmuró.

Pero, pero, lloré en silencio, la última vez que te vi yo tenía trece años y estaba patinando frente a Maximus Films, la semana que te mataron, hace veinte años, y durante días hubo docenas de fotos de dos automóviles estrellados contra un poste de teléfonos, los restos destrozados, el pavimento ensangrentado, los cuerpos aplastados, y durante dos días más hubo cientos de fotos de las miles de personas que asistieron a tu funeral y de los millones de flores y de los directores del estudio de Nueva York, verdaderamente apenados, y los ojos húmedos detrás de doscientos pares de gafas oscuras a medida que salían los actores, sin sonreír. Realmente te echaban de menos. Y luego algunas de las últimas fotografías de los coches deshechos en el Bulevar Santa Mónica, y pasaron semanas hasta que los periódicos se ocuparon de otro tema, las radios dejaron de elogiarte y perdonaron al rey por haber muerto para siempre. James Charles Arbuthnot, tú eras todo eso.

¡No puede ser! Es imposible, estuve a punto de gritar. ¿Tú aquí, subido a ese muro? ¿Quién te puso allí? No puede ser que te hayan vuelto a matar, ¿o sí?

El cielo relampagueó. Se oyó un trueno como si se hubiese cerrado de golpe una puerta enorme. La lluvia moja-

ba la cara del hombre muerto y le ponía lágrimas en los ojos. El agua le llenaba la boca entreabierta.

Di media vuelta, rápido, solté un alarido y huí.

Cuando llegué al taxi, sabía que mi corazón se había quedado con el cadáver.

Ahora venía corriendo. Me alcanzó como el disparo de un rifle en el estómago y me arrojó contra el coche.

El conductor miraba el camino de grava que se extendía a mis espaldas, cubierto por la lluvia.

—¿Hay alguien *allí*? —grité.

—¡No!

—¡Gracias a Dios! ¡Larguémonos de aquí!

El motor se apagó.

Ambos lanzamos un gemido desesperado.

El motor se puso nuevamente en marcha, haciéndole caso al miedo.

No es fácil retroceder a cien kilómetros por hora.

Pero lo hicimos.